

El Poder
De Las Palabras
Por:
Javier R. Cinacchi

(Cuento / Relato.)

El Poder De Las Palabras

Por Javier R. Cinacchi

© Javier Ruben Cinacchi, 2022

Sin variar la obra, y expresando que el autor es Javier R. Cinacchi, se autoriza a copiar y distribuir, siempre y cuando respete lo indicado; sin tener que abonarme los derechos de autor correspondientes. Siendo así, puede incluso imprimir esta obra, y comercializar su versión impresa. También puede juntarlo a otras obras que tengan semejantes permisos (en general todos los libros que he escrito hasta ahora; sin sus extras, en caso de esos extras ser en exclusiva).

Palabras.
Tal vez mediante ellas,
es que se ha construido todo.

El Poder De Las Palabras.

¡Levántate! Dijo alguien que sabía del poder de la palabra, y alguien se levantó de los muertos. Aunque fue más específico, no dijo un simple: “Levántate”, antes añadió por ejemplo un “Muchacha, a ti te digo”, o un “Muchacho, a ti te digo”, y seguramente hasta miró fijamente, y quizás señaló de algún modo. Y fue irresistible el acto a sus actos, porque tenía autoridad. Y así, fueron levantados algunos muertos de su muerte, relata un viejo, pero considerado por mi acertado libro, que a su vez está formado por sesenta y seis libros, y ronda los dos mil años de antigüedad sus últimos escritos, y pese, sigue siendo muy estudiado.

Claro, tú tal vez no creas en el poder que puede llegar a tener una, o varias palabras; y por eso no lo tienes, y nunca lo tendrás de seguir así. Y posiblemente te enojas a priori, y sientas rechazo de seguir descifrando estas letras, que expresan una posibilidad, siquiera, de una nueva realidad que podría conmocionarte. O quizás el mundo entero intente con todas sus fuerzas, de que tú no te des cuenta. Porque después puede ser difícil silenciar una voz, que fuertemente a pronunciado algunas cosas.

Imagínate pronunciar creyendo: “Jesús, a ti te digo, el Hijo de Dios, ¡Sálvame!” ¿Cuánto poder tienen estas palabras? ¡Yo creo que mucho!

Esteban Marcos Aguilar de Mónica, de la provincia de Buenos Aires, un día me contó, cómo es que él descubrió el poder de una palabra dicha dicha con fe. No es que haya una fórmula mágica, que de repetirse, de un efecto; o algo así como una pronunciación descubierta por el arte de la cábala; no, no me refiero a eso, por favor no se me mal interprete. Tampoco me refiero en esta oportunidad, a una autoridad concedida, como quien le dice a un empleado: “El jefe dice, que vayas a comprar dos cajitas de mate cosido, de cincuenta unidades al mercadito de la esquina”, y esa palabra generará su efecto, y el empleado va, porque quiere seguir “vivo” en el taller... Tampoco me refie-

ro a una inducción psicológica, tal como decirle a alguien, algo lindo o feo tratando de influirlo. Tampoco maldigas, te lo recomiendo, porque sospecho que lo que uno siembra, recoge tarde o temprano; es decir que por maldecir a otro, te lo estás haciendo a ti mismo. Mejor te relato lo que le pasó a Esteban -no busques su nombre, si existe alguien llamado así, no es él, le cambié el nombre-. Supongo, no debería el porqué afectarte, aunque presentes, y tal vez por eso, un poco temas el leerme: Sabes de que tengo razón, de qué las palabras pueden tener poder.

Esteban, no cualquier esteban, sino Esteban Marcos Aguilar de Mónica, de la provincia de Buenos Aires; un día soleado miró a su soldadito de plástico, con el que estaba jugando, y el cual estaba levemente dañado por los golpes; y sintiendo en su interior, un instante antes de decirlo, algo especial, pronunció: “Siempre vivirás”. Y me dijo que escuchó en una puerta de madera, que estaba cercana, como un sonido de su madera. Un rápido sonido, no un crujir, ni cómo si alguien golpeará. Cómo me explico... Un sonido provocado por el material, como si justo ahí ese material pudiera haber sentido un cambio en el ambiente, y se conmovió, y expresó un leve sonido esa conmoción, que dura lo que tú tardarías en decir “Taack”, a una velocidad de lectura normal.

Esteban sintió algo especial, en esas palabras. Y siguió jugando. Era un niño por aquel entonces. A los días, y una vez más extender el batallón de sus soldaditos de plástico en el piso, para generar una de sus coreografías de batallas épicas. Por un “no se qué”, recordó que le había dicho a uno de sus soldaditos “Siempre vivirás”, y pensó ponerlo en una torre hecha por una buena piedra, al alcance de todos los golpes, bien visible, incluso a ver si al tirar la ametralladora del puñado de comida para gatos, el soldadito no era pisoteado por el gato, por haberse vuelto su preferido, ni siquiera dañado por la ametralladora en sí. Pero no lo encontró. No estaba. Revisó cada uno de sus soldaditos a ver si ya lo había colocado en alguna otra posición, previa a su idea, y no. De hecho, lo buscó por todos lados y no lo encontró. Su padre lo comenzó a ver mirar muchos los soldaditos.

- ¿Qué te pasa?
- Es que se me perdió uno especial.
- ¿Pero no son todos iguales?
- No, este, tenía una marca en el casco que era verde, y abajo en donde se sostiene le faltaba un pedacito de costado. Y no está.
- Bueno ya te compraré otros.
- No, yo quería a ese ¿Vos me agarraste alguno?
- No...

En fin, no pudo estar en la escena de batalla. Pasaron semanas, y buscando entre sus juguetes otra cosa, ahí lo encontró. Se dijo: “Se habrá caído de la caja donde estaba con los otros”. Pero ya, cuando armó el escenario de la batalla, lo protegió mejor, y “vivió”. Y otras veces incluso lo dejaba de su lado, o lo rescataba antes de tirar alguna bomba atómica, bajo algún concepto inventado en el momento.

Y otro día, justo el día en que se le había ocurrido la batalla más épica de todas, no lo encontró. ¡Justo ese día que tenía bombas de agua “tóxicalizada mediante detergente”! Pero la escena estaba tan prometedora que continuó sin él. Pero después no lo volvió a ver, incluso ni al revisar su caja de juguetes, bien hasta el fondo, una y otra vez. Se preguntaba dónde estaría el soldadito “Siempre vivirás”.

A los meses buscando una birome, lo encontró debajo de la cama. Lo puso en la biblioteca de adorno. Ya incluso casi no hacía escenas de batallas.

Un día, ya de adolescente le regaló todos sus soldaditos y material bélico, a un payaso que regalaba los juguetes. Todos menos un puñado, entre ellos “Siempre vivirás”.

Al llegar a adolescente, y buscar el descubrir lo que es dar un beso a una chica en la boca, se olvidó totalmente de cualquier juguete. Y en medio de redecorar su biblioteca, ¡váyase a saber dónde terminó el soldadito especial!

Ya más de grande, se fue de vacaciones una vez más, y viendo de si no se había olvidado algo en el departamento -antes

de irse-, lo encontró en donde había dejado su bolso, atrás de todo. Días atrás, había volcado todas las cosas, un día que lo quiso utilizar para ir a la playa...

– ¡Pero cómo llegó aquí! ¡Y casi lo pierdo! ¡Huy los recuerdos que me vinieron a la mente! Y sí, era “Siempre vivirás”, sin lugar a dudas, su casco, su ser, sus marcas. Es más, lo tomé como señal de que mi relación con mi novia iba a ser duradera, justo un día antes, había discutido con ella, por tonteras de celos.

– ¿Y qué hiciste con el soldadito?

– Sabés que cuando volví me olvidé de él...

La cosa es que un día, ya de grande, lo encontró cubierto de tierra, entre las plantas del jardín de su casa. Lo limpió y lo puso en un recipiente junto a otras cosas. Pasaron los años, se mudó, y si bien algunas veces intentó encontrarlo en su nueva casa, nunca apareció.

El Señor Esteban, un día tuvo que irse a operar, y buscando a ver si tenía un llavero más nuevo que el todo roto que tenía, encontró a “Siempre vivirás”. Sonrió muy profundamente, y se lo llevó a la operación, salió bien, y se lo trajo de nuevo, y lo guardó en un cajón, no sea que alguno de sus sobrinos al verlo se lo pidan. Le dije.

– ¿Puedo ir a tu casa y ver a Siempre Vivirás? Depaso nos tomamos de la hidromiel que preparo, llevo una botella...

– Claro, claro –Me afirmó Esteban.

En cuanto llegamos, fue corriendo a buscarlo, como si fuera un niño, y lo trajo, y me mostró a su soldadito de plástico. Todo sonriendo, lo puso en mi mano como si se tratara de algo maravilloso. Y nos quedamos los dos en silencio, viéndolo unos segundos. Yo dije, sin querer, sin pensar, pero sintiendo algo en mi ser especial, y con fe.

– Siempre vivirá.

Y se escuchó en la casa un sonido, como de chasquido en la mesada de su casa, estábamos en el comedor. Esteban me miró, le dio como un escalofrío, y me dijo.

– ¿Tendrá algo raro, siempre lo pierdo y vuelve a aparecer?

Yo no le contesté nada, pero pensé, en el poder de las palabras de “Siempre vivirá”, y casi se me escapa: “Es que es eterno”, sumándole mi afirmación de fe, provocado por el relato de él.

A mi la creación me parece algo hermosísimo, fascinante, y cómo se nos escapan bellezas de las manos también. No busco que juegues a hacer afirmaciones de fe, o cosa semejante, simplemente me fascino, por saber que tal vez muerto un día Javier R. Cinacchi, y Esteban Marcos Aguilar de Mónica (el de la provincia de Buenos Aires). Alguien un día encontrará a ese soldadito sin saber su historia, y aún, seguirá estando. No puedo siquiera dudarlo, estoy seguro de que seguirá. No sé si es que hay poder en las palabras, o profecía en algunas de ellas, o si El Eterno nos sonrío a veces con complicidad, picardía y amor. Pero algo hay de especial en las palabras.

Si te gustó mi relato
¡Busca más!
Javier R. Cinacchi,
te saluda.

